

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

NUBES DE ANTAÑO—1940-1960.
Por Octavio Amórtegui—
México, 1961.

Como Villn, vuelve hoy a nuestros labios esta alcarraza de agua fresca, que son los versos de Octavio Amórtegui. Mientras otros poetas colombianos se pierden en un vago intelectualismo sin raigambre, Amórtegui se inclina sobre las cosas del ayer, rememorando tiempos idos, con un tono elegíaco y una cadencia muy del gusto de don Jorge Manrique. Leer este libro es precisamente realizar una gimnasia al aire libre. Encontrarse con las flores del campo, la yerba húmeda, los barcos de papel de la infancia, las alacenas vacías, donde quedó inmóvil, el corazón de aroma de una manzana; el río familiar de las cosejas y las aguas encrespadas; el saltamontes, la hormiga, la cofia de la abuela, el corazón hondo del mundo.

Porque Amórtegui, impregnado de lirismo, se hunde en la contemplación de las cosas menudas, que pasan inadvertidas para otras gentes. En esto tiene mucho de niño. Porque solamente cuando abrimos los ojos al mundo, en esa edad florida, es cuando los sentidos están atentos a captar todos los mensajes que nos envían las cosas en un fluír maravilloso, en una estriada iluminación. Pero no es la suya poesía puramente narrativa, sino que está impregnada de una ternura aniñada, de esa vaga nostálgica que deja en el hombre el paso de las nubes, cuando nada tenemos que pedirle al cosmos y a su feria de vanidades. Amórtegui maneja un fino humorismo, una lina finísima de espuma que se resuelve en cabriola. Toda tristeza tiene algo de humor, porque es como una disidencia frente al mundo burgués, orondo, rollizo, pleno, vital.

Amórtegui conoce las secretas fuentes del llanto y por lo mismo en toda su obra literaria, existe una transparencia iluminada, un tono de luz molida, como en la poemática de Eduardo Castillo y de Alberto Angel Montoya. Ilusiones del ayer; pretérito que, de pronto, golpea con sus nudillos viejos a la puerta del fatigado corazón. Leamos esta poesía absorbente, clepsidra sin fondo para el recuerdo:

*La calla su historia
porque todos la sabemos.
Su patio es como un plantel*

*de niños dulces y huérfanos,
Las flores de los geranios,
como muchachas de pueblo.*

*En el reloj viejo el cuco
se bebe a gotas el tiempo
y cierra luego su celda
con un portazo violento.*

*Por las alcobas el sol
se alarga en los lechos.
Huele a conciencia tranquila
el grave armario de cedro,
un aroma de canangas
floridas flota en el viento
y una fruta que cayó
aroma allá, desde adentro.
(Sólo la fruta caída
perfuma la paz del huerto!)*

*De tánto dulce fantasma
como cobijó su techo,
de tánto angustia, de tanta
pena sin fin (de un momento!)
¿qué perdura? Sólo el cauce
de las baldosas, el lento
socavarse del zaguán,
del ancho zaguán desueto
donde jugábamos de niños
con el fantasma del eco.
Eso es todo cuanto queda.
de tanto paso en el tiempo.*

*(¿Es verdad que alguna vez
fueron niños los abuelos?).
Ah malaya, corazón
por qué naciste tan viejo?*

Hermosa poesía en verdad. Y un poco desgarrada como la neblina que se rompe en los sauces. Los mismos de Musset, el dolor de Verlaine.

COLOMBIA CARA A CARA.

Por Belisario Betancourt—

Ediciones Tercer Mundo, han dado a la publicidad esta obra de Belisario Betancourt. No se trata de un libro coherente en el sentido de escarmenar hasta la saciedad un solo tema, sino que se reúnen en sus páginas una serie de ensayos en los cuales su autor ha querido darnos su personal visión de los problemas colombianos.

Belisario Betancourt es un hombre joven y dueño de una personal solvencia intelectual. El tiempo que otros han dedicado a ocios infecun-

dos, este escritor lo ha colmado con sus meditaciones, su confrontamiento riguroso de la peripecia colombiana y sus posibles soluciones. En lenguaje claro, no desprovisto de belleza formal, Betancurt nos entrega unas meditaciones de suma importancia, porque se relacionan con el acontecer colombiano, tienen nombre propio, descansa en una geografía y un proceso étnicos que son intransferibles.

El autor usa de la retórica como de un instrumento de precisión para expresar sus ideas. Y tiene el valor de ser franco, claro, rotundo. Nada de "lindo país colombiano" y otros conceptos manidos que sirvieron para que todos durmiéramos una paz octaviana, hasta que los resplandores de los incendios del nueve de abril, nos hicieron ver, con espanto, el horror que produce una sociedad en descomposición, un pueblo sediento de venganza, cuando se pierden todos los frenos inhibitorios y se lanza por precipicios hacia el abismo definitivo.

No podemos confrontar la cruda realidad colombiana con lentes de aumento o con un candoroso optimismo. Es preciso ser razonables. Ceñirnos a la verdad. No deformarla. No hacer de la peripecia colombiana un deporte o una acuarela para turistas. Pensar en grande y antes que todo, realizar, como lo hace Betancurt, un diagnóstico de nuestras enfermedades. Porque con ocultarlas no lograremos remediarlas. La política del avestruz está definitivamente convocada a un modesto entierro. Es preciso abrir bien los ojos sobre nuestro drama. Pueblo analfabeta, desnutrido, endeble, sin alegría, encerrado en el caparazón de sus infortunios, con mucho de frustramiento. El autor de esta obra examina la situación con noble entereza. Esto es fundamental. Nada de vagas tintas, de dulzorronas prosas, para esconder todo lo que nos ata a la pobreza, al desengaño, a la irremediable tristeza de sentirnos viejos y vencidos.

Esta clase de escritores y de una tónica ejemplar, son los que necesita Colombia si quiere salvarse. Que le digan la verdad, aunque ellos mismos se sientan literalmente desollados. De los cándidos no se ha escrito nada que perdure. Lo colombiano exige cirugía, no cataplasmas de silencio. Por eso mismo la obra de este escritor tiene mucho de fuego que purifica, que ennoblece. Porque la lucha es una testificación moral y un sacerdocio.

Recomendamos este libro como uno de los más firmes y esclarecedores mensajes que se hayan entregado a nuestra Patria en estos tiempos amargos. Y escrito por un hombre joven, pero que ha pensado ya en todo lo que nos ahoga, nos frustra y derrota.

PESADUMBRE DE LA BELLEZA
Y OTROS CUENTOS Y APOLOGOS.

Por Baldomero Sanín Cano.

Ediciones MITO. Bogotá, D. E.

Siempre será halagador un viaje por los caminos que le trazara a la cultura el maestro Baldomero Sanín Cano. Nosotros no participamos del concepto baladí de que la prosa de este escritor es pesada y difícil. Esta apreciación no resiste el menor análisis. Porque si algo tiene densidad, pensamiento, es la parábola inte-

lectual de quien como este escritor superó la chirimía tropical para adentrarse en sendas poco conocidas y dejarnos una cosecha que es auténtica, porque ofrece aquella madurez que linda con la sabiduría. Además, un ácido humorismo, típicamente inglés, corre como un común denominador por el estilo de Sanín Cano. Además, interpreta el mundo del hombre en sus relaciones con las cosas. Ese choque dramático entre nuestro anhelo y lo circunstante, está presente siempre en su obra.

Este bello libro *Pesadumbre de la Belleza*, es de una claridad torrencial. Aquí nada se ha dejado a la improvisación, a la literatura manida que se resuelve en inútil pirueta. Todo obedece a un pensamiento central. Naturalmente Sanín Cano nunca fue improvisador, eso que llaman un "intuitivo". Su labor está organizada, disciplinada, con sus hitos ascendentes. Pero qué de hallazgos para un buen cazador. Sus conocimientos sobre tantos y disímiles temas, la aprovecha el lector inteligente de sus libros, el rastreador de buen olfato, de gusto acendrado.

Ya es tiempo de que echemos por la borda tantos conceptos manidos sobre los escritores colombianos auténticamente valederos. Quien lea este libro sugerente, encontrará casi el "suspense" de los grandes cuentos geniales que ha producido la literatura universal. Grata la lectura de este bellissimo libro, caliente de humanidad, rico en sorpresas, sin nada de escritura momificada o de amarillento daguerrotipo. Lo que sucede es sencillamente que el maestro Sanín Cano hace pensar y este ejercicio no es colombiano que sepamos.

Recomendamos esta breve y hermosa obra del gran guión de nuestra cultura a los lectores del Boletín.

DOS CICLOS DE LIRISMO COLOMBIANO— Por Carlos Arturo Caparrosa.
--

El Instituto Caro y Cuervo que viene cumpliendo una tarea ejemplar en materias de cultura, ha publicado como sexto volumen de las "series minor", el libro

"Dos ciclos de lirismo colombiano", de que es autor Carlos Arturo Caparrosa. Nadie puede desconocerle a este escritor colombiano sus positivos méritos de crítico, su labor verdaderamente generosa y pudiéramos afirmar patriótica. Porque, dígame lo que se quiera, nuestro lirismo, en la época que estudia el autor, no parece que haya sido de mucha calidad, si exceptuamos nombres ya consagrados por la crítica, y que han resistido el ácido del tiempo.

Porque nuestro romanticismo no tuvo la importancia estética de otras latitudes. Apenas el fugaz remedo de escuelas que tuvieron en Hugo el maestro y el gigante. Aquí el romanticismo, incluyendo claro está la Gruta Simbólica estudiada prolijamente por el autor, fue apenas un chaparrón de frases, de alaridos, de melenas sucias y bohemia desvelada hasta el Alba. Pero faltó grandeza en las concepciones literarias y, como en todo, confundimos los árboles con el bosque. Los líricos colombianos han querido estar siempre a la moda. Románticos, modernistas, piedracielistas, bachúes, cuaternícolas. Lo que triunfa en otras latitudes o pasa necesi-

riamente por meridianos de actualidad. Claro está, que de toda esa balumba, se han salvado algunos nombres, tan escasos por cierto, pero que atestiguan de lo que somos capaces nosotros, si en verdad nos proponemos adelantar una labor cultural seria o no hacemos de la poesía algo fácil, digno de troveros o juglares.

Caparroso estudia amorosamente dos ciclos de nuestra incipiente cultura poética. Si el balance definitivo no puede sernos muy favorable, queda al menos el testimonio de este ensayo penetrante, agudo, escrito en la más noble prosa castellana.

EL METODO PSICOANALITICO
DE ERICH FROMM—
Por José Gutiérrez.

El médico y escritor colombiano José Gutiérrez está realizando una verdadera labor pedagógica al dar a la publicidad estos libros que presentan aspectos no estudiados de la vida colectiva colombiana. Es claro que nosotros somos profanos en la materia como para valorar, en su exacto contenido la obra de este escritor. Pero lo que está fuera de toda duda, es que Gutiérrez trata de ahondar en el alma colectiva, valiéndose para ello de los métodos investigativos y clínicos que le proporciona su maestro Erich Fromm, de quien fuera, en Méjico, uno de sus mejores discípulos.

En un todo de acuerdo con el espíritu frommiano, este escritor ha querido que sus conocimientos no queden encerrados en su clínica, sino que salgan al aire libre, en busca del dolor y la angustia lastradas de nuestra ciudadanía. Es una noble empresa docente llamada a perdurar. Gutiérrez no se resigna a elaborar esquemas mentales para su uso personal, sino que busca los orígenes de nuestros dolores, del resentimiento, de la frustración, del crimen mismo. Porque si algo hace falta en el presupuesto psíquico de los colombianos, es un poco de alegría, de mirada limpia para enfocar este mundo contemporáneo, cruzado de angustia, donde vivimos como sumergidos en un túnel, sin esperanza de redención.

Fromm, como lo establece el autor de este libro, considera que la mayor parte de los males que afligen a la humanidad contemporánea no son producto del vivir individual, sino que es la misma sociedad la que tiene su carga de responsabilidad en nuestro acaecer cotidiano y acaso la autoría indirecta de muchas de nuestras miserias espirituales. Naturalmente su ensayo peca de optimismo, al considerar que solamente el socialismo, el psicoanálisis, la filosofía existencial y la religión renovada, pueden lograr el milagro de la transformación de la humanidad. Porque no entendemos nosotros cuáles son las renovaciones en la religión que concita Gutiérrez, ya que el cristianismo no puede estar sometido a reformas como si fuera una elaboración de esquemas humanos y no una doctrina inmortal, dictada por Dios y cuya observancia no puede estar sometida a los experimentos de Freud, ni tampoco a ese conceptualismo que propone Fromm. Pero volviendo al tema no puede desconocerse la importancia de este libro, que revela cómo un médico colombiano, poseedor de un estilo claro y armonioso, se interesa por los problemas de la Patria, sin dema-

gogia, ni política, sino atendiendo a sistemas intelectuales que, aunque no participemos de ellos en su totalidad, son formas de servicio entre tanta superficialidad que nos está ahogando.

DE LOS DUROS TRABAJOS.

Por Jaime Paredes—

Es preciso confesar que Jaime Paredes mantiene viva la llama de la poesía. Un secreto temblor hincha su velamen lírico. Que no es barroco, ni obedece a circunstancias literarias momentáneas. Trabajador auténtico de lo real, Paredes sabe organizar sus voces líricas para que manen sin prisa, pero sin pausa. Una concisión acerada fulge en todas las estampas de sus libros. Antes en aquellos menesteres infantiles tan pletóricos de belleza formal, de limpia claridad de esquila que recoge en su pulso el desleído corazón del crepúsculo. Aquellos oficios tristes de los niños pobres, para quienes no existe techo seguro, ni buen puchero, ni canciones de cuna. Pero que insisten, con hermosura no exenta de dignidad, en hacerse un sitio en el mundo con sus manos inocentes, sin la impureza del hombre cuando borra la inocencia del mundo y enturbia el labio del agua montañera.

Ahora en este nuevo libro, continuidad lírica del anterior, Jaime Paredes aparece más depurado, más esencial, más hondo. No se puede jugar con un mundo que nos hiere a todo paso. Es preciso bajar al doliente corazón de la muchedumbre, atisbar en su querencia, sufrir su transido ardor que tiene mucho de bíblico. Ganarás el pan, con el sudor de tu frente, en los duros oficios. Pasar por la vida, ignorado, pero no obstante cumpliendo una función, inclinados sobre los menesteres diarios, obscuramente. Y lograr, como lo hace Paredes, hallar la poesía que puede encontrarse escondida en ese mundo heteróclito. El herrero, el plomero, el arriero, el colono, y, corando la estrella, la maestra siempre dulce y dolorosa, como la pintara en una música evanescente y en tonos esfumados, Gabriela Mistral. Olor de la tierra, presencia del mundo, un socialismo lírico, todo esto en "De los duros trabajos", breviario de poesía.

LIBRO DE LAS CRONICAS.

Por Luis. Tejada—

Volver a pasar los ojos sobre las crónicas de Luis Tejada, es asistir a un milagro de armonía, de gracia, de sutileza. Porque este escritor colombiano, supo captar en sus relatos un mundo que se adelgazaba en su prosa hasta convertirse en filigrana. Esa la virtud de Tejada. No entregarnos las cosas y los seres abruptamente, sino cernirlos, limpiarlos de escoria, reducirlos a un montículo de nieve encendida. Porque el gran escritor buscó ahondar en el mensaje cotidiano del mundo, sin permitir que su obra literaria se convirtiese en periodismo escueto y sin hondura.

Cuidó casi morbosamente las flores que su inteligencia iba sacando del mundo y nunca claudicó para perder lo que hoy más admiramos en

él: la gracia estética y la densidad humana. Leamos algo de Tejada, que confirma nuestro acerto:

"Una vez le dije: ¿Sabes? te sentaría bien el azul y el oro, los colores de Fra Angélico. Y a la otra noche vino tocada de un traje azul leve como la niebla. En el parque inmóvil todo estaba lleno de luna y de perfumes violentos. Entre el follaje de las éras, su cabeza aparecía como una flor mórbida y viva, erguida sobre el tallo celeste, una flor de ojos enormes cargados singularmente en aquel minuto con el hondo misterio del universo. Yo me pregunté qué más podría apetecer mi felicidad que aquel traje azul dentro de aquella honda noche".

Decidme si este no era un poeta auténtico, de un romanticismo delicado, en un tiempo en que Colombia aún se deleitaba con los versos apañados de vates greñudos, que confiaba mucho en el sortilegio de las lágrimas y en un dramatismo de cartón! Porque Luis Tejada era lo que se llama ahora en un voquible dudoso, un "intelectual" o sea un hombre que maneja ideas. De ahí que su prosa, de un matiz disuelto como el aroma de la Primavera, haya sobrevivido a muchos periodistas de su tiempo, en la misma forma en que quedó grabado para siempre ese estilo seco, guantelete de hierro, limpio metal de oro desconocido, que es la prosa de Guillermo Camacho Carrizosa. Gentes que tuvieron de su oficio de escritores una responsabilidad real, asistido, además, por una magnífica cultura literaria.

Volver a leer a Luis Tejada, es sencillamente abrir las ventanas hacia un viejo jardín olvidado, donde flotan vagos aromas y un silencio cernido, música de organillero.